

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alfarrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

la creación del Instituto de Investigaciones Científicas y del Departamento de Acción Social Universitaria y la construcción del moderno edificio para la Facultad de Ciencias Químicas.

En cuanto al presupuesto que el Gobierno de Nuevo León aportaba al sostenimiento de la enseñanza universitaria, el rector declaró que había sido aumentado constantemente. El aumento más notable fue el concedido a principios de 1944, siendo elevado de \$ 600,000.00 anuales a \$ 1,200,000.00.

ESTADÍSTICA

Al concluir el año escolar 1945-1946, la Universidad de Nuevo León estaba integrada por cinco Facultades, siete Escuelas y tres Departamentos. Las Facultades eran: Medicina, Derecho y Ciencias Sociales, Ingeniería, Ciencias Químicas y Odontología. Las Escuelas: Bachilleres Diurna y Nocturna, Industrial "Álvaro Obregón", Industrial Femenil "Pablo Livas", Enfermería, Música y Contadores. Los Departamentos: Investigaciones Científicas, Acción Social y Deportivo.

El presupuesto universitario era de un millón de pesos, que provenía de la aportación del Gobierno del Estado y las cuotas de los estudiantes. La población estudiantil ascendió a 3,726 alumnos inscritos, de los que un 40% era foráneo, procedentes de Coahuila, San Luis Potosí, Durango y Tamaulipas. La función docente fue desempeñada por 500 profesores.¹⁹

En este año lectivo se organizaron los primeros Cursos de Verano, siendo inaugurados el 22 de julio por el Departamento de Acción Social. Estuvieron a cargo de profesores de la Universidad y se desarrollaron hasta el 23 de agosto, habiéndose inscrito ciento cincuenta alumnos.

En el aspecto cultural se destacó la actividad del Departamento de Acción Social, bajo la dirección del licenciado Raúl Rangel Frías. Sobre las labores propias de este Departamento y del Instituto de Investigaciones Científicas, dirigido por el doctor Eduardo Aguirre Pequeño, pueden consultarse las publicaciones *Armas y Letras y Universidad*.

¹⁹ "Índice", en *Armas y Letras*, agosto 31 de 1946, pp. 1, 2 y 4.

ENCARNACIÓN BRONDO WHITT, CRONISTA DE NUEVO LEÓN Y CHIHUAHUA

GERARDO DE LEÓN
Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

LA HISTORIA SUELE constituir, tanto para quienes la escudriñan, la investigan y la escriben, como para los simples aficionados, una pasión dominante. Y aunque aparentemente es un placer esa sensación de ultravivencia de hechos y acontecimientos pretéritos, modernamente, la Historia es ya una disciplina dinámica, útil, práctica, en el sentido de la posibilidad que nos brinda de la utilización de las experiencias de las generaciones que nos precedieron para aplicarlas en nuestra vida cotidiana actual, y como auxilio inmejorable para planear el futuro.

Historiador puede ser desde el investigador de testimonios históricos, ya arqueológicos, ya documentales, tradiciones y leyendas, sobre las cuales apoyan sus tesis y conclusiones —pasando por el analista de los diversos juicios o criterios contradictorios de otros colegas, que usados como premisas les proporcionen nuevas conclusiones—, hasta el cronista, el relator, generalmente el testigo de sucesos y situaciones que, a la luz de su intelecto y con el sabor de su descriptiva, proporciona el complemento, el acabado final, la sensación de vida patente y latente, al fundamento, a la técnica cimentación del especialista y a la sólida estructuración lógica de los análisis.

Por esas razones, y sin restarles sus indiscutibles méritos a los técnicos de los estudios históricos, a más de ser complementos indispensables, son más socorridos de la preferencia del grueso de los lectores, los cronistas. Ahí está, para robustecer nuestra aseveración, por ejemplo, Bernal Díaz del Castillo, quien, con su *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*, con ese relato ameno y sencillo, ha servido de apoyo a grandes tesis posteriores,

y para eliminar tantas dudas que se han planteado siempre quienes se han adentrado en esos intrincados menesteres. El mismo Hernán Cortés, en sus *Cartas de Relación*, dirigidas al emperador Carlos V; Francisco Cervantes de Salazar, el Cronista de la capital del Virreinato novohispano y sus herederos, nuestros contemporáneos, Artemio de Valle Arizpe y Salvador Novo, que nos han obsequiado con sabrosos gajos de la vida del México viejo.

Y en nuestro medio, el capitán Alonso de León, el cronista del siglo XVII de la región noreste de México y sus continuadores Juan Bautista Chapa y Fernando Sánchez de Zamora, que además de que nos proporcionan una clara visión de los hechos, la vida y las costumbres de los pobladores prehispánicos y sus conquistadores, de sus tiempos, dan la pauta a seguir a investigadores y analistas posteriores.

Es el cronista quien le agrega "sal y pimienta", quien le proporciona sabor y gracia, a un escueto acontecimiento; y muchas veces tanta, que hasta nos parece que rebasa el campo de la Historia. Es él quien le proporciona palpitación de vida a cualquier suceso que ya el tiempo ha asesinado, como a través de mágica conjura. Es el artista que, con el pincel y el colorido de sus vívidos relatos, nos ilumina un pasado, cercano o remoto. Es, en fin, el poeta que en los más nimios incidentes, suele encontrar la cuerda de una lira que, vibrante y sonora, nos llena el ánimo de júbilo y de gozo.

Nuevo León tuvo otro cantor de este tipo: un poeta, un historiador y un humanista; un cronista, en la persona del doctor Encarnación Brondo Whitt.

Brondo, quien fue hijo predilecto del Estado de Chihuahua, su tierra adoptiva, era, en realidad, hijo de Monterrey y nieto de Villa de García.

Muy joven, recién graduado en la Escuela de Medicina que en la capital de Nuevo León fundara el jalisciense doctor José Eleuterio González, "Gonzalitos", se fue en busca de nuevos horizontes, y desde el año de 1903 se radicó en Ciudad Guerrero, Chihuahua, donde ejerció con inusitada nobleza su profesión, donde gestó su obra histórica y literaria, y donde formó definitivamente su hogar. "Aquí —lo confesaba sencillamente al hacer la crónica de sus Bodas de Oro matrimoniales— La Religiosa y yo (porque 'Religiosa' llamaba él, entre otros mote mita cariñosos, mita chocarreros, a su primera esposa), aquí —repito— celebramos estas segundas bodas en unión de nuestros hijos, en quienes hemos inculcado el amor, sin localismos ni patrioterías, de nuestros dos países: Nuevo León y Chihuahua."

En uno de sus libros, en un formidable estudio genealógico que cariñosamente dedicó a las venerables prosapias que han poblado desde hace siglos

aquellas latitudes, en *Los Patriarcas del Papigochi*, hace este significativo comentario, al tratar de la familia Estrada-Erives: "Como digo, tengo nietos Estrada-Brondo; y uno de ellos, Yolanda, cuando le preguntan ¿cómo te llamas, niña?, responde: Yolanda Estrada Brondo Erives González.

Arreglándole su genealogía, se pudieran añadir a esos apellidos otros muchos más. Ahora, por si andando los años, alguno de mis descendientes tuviese anhelos y curiosidades a los que yo he tenido, vaya lo que sigue:

"Pietro Brondo, italiano, con cierto grado militar, no sé si en su tierra o en México, casó en Saltillo, Coahuila, con Carmen Martínez, muy morena, semi-indígena. Tuvieron muchos hijos, que al fin se trasladaron a Monterrey; entre ellos, Encarnación, muy moreno, mi padre."

(Aquí, hago una digresión dentro del relato de Brondo Whitt. En nuestras personales investigaciones en los archivos parroquiales de Saltillo, hemos encontrado la partida de bautismo de este Pedro Brondo, a principios del siglo XIX, cuyos padres, sin mayores explicaciones étnicas, aparecen como Faustino Brondo y Brígida Salas.)

"Por otro lado —prosigue nuestro ilustre evocado—, en San Carlos, cerca de Richmond, de la Virginia Oriental de los Estados Unidos de Norteamérica, vivían unos colonos ricachos: Rolland Whitt y su mujer, Fanny Jamester. Tuvieron muchos hijos. Uno de ellos, Rolland, vino a México como médico militar del ejército invasor, el año de 1846. Pues este Rolland no volvió a su tierra, ya que se casó en Pesquería Grande, Nuevo León, hoy Villa de García, con Cristina Treviño y del Bosque, criolla. Este matrimonio tuvo varios hijos. Yo conocí seis, y entre ellos, la primogénita, Mercedes, rubia, mi madre."

Así, a grandes rasgos, ya tenemos una visión genealógica del doctor Brondo Whitt. Ahora bosquejaremos, también sencillamente, las diversas facetas de su interesante personalidad.

En el *Nuevo León*, uno de sus libros de recuerdos y añoranzas, confiesa que, no obstante que él siempre sintió vocación por la medicina, su padre le tenía destinada la carrera del Derecho, por la razón de que su hermano mayor, Tiberio, ya era estudiante de Medicina. Obediente a las disposiciones paternas, se dirige a la capital a iniciar sus estudios profesionales, justamente cuando el hermano estaba por terminar los propios. Pero el destino tenía reservados diversos acontecimientos. Tiberio, ya pasante, falleció de una bronconeumonía y Encarnación se reintegra a la patria chica, y definitivamente queda en libertad de escoger su carrera preferida.

En Monterrey concluye sus estudios médicos y, como decíamos al principio, decide correr la aventura de experimentar en otras latitudes, y acompañado de su ex discípulo, el doctor José Morales, se traslada a la ciudad de Chihuahua. Tampoco allí se sintió Brondo satisfecho, y decide seguirla hasta la lejana provincia, donde los bravíos montes serranos y el agreste caudal del río Papigochi se identificaban más con su alma de poeta bucólico, y donde el apostolado a que lo obligaba la nobleza de su alma de médico vocacionado, encontró un fértil campo entre los tarahumaras.

De una de sus hermanas supervivientes, hemos recogido estos conceptos lanzados al azar, pero que por ser tan sencillos, tan diáfanos, curan en toda medida la distorsión que el cariño fraternal pudiera imponerles:

“Sus bondades para los necesitados lo elevaron. Curaba al que tenía dinero por lo que quisiera darle, y a los pobres, los atendía lo mismo sin recibir un centavo, además de regalarles la medicina.

Hacía grandes caminatas para atender y vacunar a los tarahumaras, durmiendo en plena sierra, bajo los árboles, mal comido, pasando a caballo ríos crecidos. Llegaba a casa con la ropa empapada, lodoso, pero feliz. Nunca lo vimos mohíno, renegando de su profesión, que la siguió con verdadero apostolado. . .”

El doctor Brondo asegura, en alguno de sus libros autobiográficos, que era originario de Monterrey. Sin embargo, por más que escudriñábamos en los Registros Civiles de la ciudad, no nos era posible encontrar el acta de su nacimiento, hasta que, finalmente, hurgando en los de villa de García encontramos el registro, declarado por uno de sus tíos maternos, pero que muy explícitamente reza: “Nació en Monterrey, N. L., calle de Rayón No. 10, el 17 de octubre de 1877”.

A los veinticuatro años de su edad, se radicó en Ciudad Guerrero, Chihuahua, a orillas del río Papigochi.

Y el día 17 de diciembre de 1956, el diario *El Heraldo*, de la ciudad de Chihuahua, en nota necrológica de primera página, da la noticia de su muerte:

“Ayer, a las siete de la mañana, murió un escritor de gran talla, chihuahuense por arraigo y por corazón, aun cuando era nativo de Monterrey. . .

Colaborador por muchos años de *El Heraldo* y autor de varios libros escritos con su estilo único, humorista, serio, burlón, humano. . .

De este magnífico literato debe decirse en justicia, que es el cantor del Papigochi y defensor decidido de la tribu discriminada y errante: la tarahumara.

Hoy se ha ido para siempre el autor de ‘Patriarcas del Papigochi’. Descanse en Paz el amigo de los indios, el médico de Guerrero, el astrónomo callado y gramático de categoría. Descanse en Paz el escritor y colaborador de *El Heraldo*, que supo poner en sus crónicas el sabor de la vida y la jovialidad de la amistad bien entendida. . .”

Desafortunadamente no nos ha sido posible conocer su bibliografía completa, para ahora ya tan escasa; pero del poco material que hemos tenido a mano, enumeramos los siguientes títulos:

- El Dios Pan* (1919), Whitt & Co., San Antonio, Texas.
- Nuevo León* (1935), Editorial Lúmen, México.
- La Cascada de Basaesachi* (1935), Ed. El Heraldo, Chih.
- Chihuahuenses y Tapatíos* (1939), Editorial Lúmen, México.
- La División del Norte* (1940), Editorial Lúmen, México.
- Regiomontana*, Imprenta Comercial, Chihuahua.
- Los Patriarcas del Papigochi* (1952), Imp. Comercial, Chih.

Y dejó inéditas:

- Musa Norteña* (Relatos autobiográficos, 1929-1941).
- Nueve Años de Historia* (1925-1933).
- De Obregón a Calles*.
- La Tarahumara* (Relatos, 1940-1943).
- Gente de Bronce*, y
- Los Indigenistas*.

En todas sus obras encontramos a Brondo ameno, de pluma ágil y fácil, con esa rara habilidad del que sabe iluminar ya con pinceladas gruesas, ya con exquisiteces de miniaturista, hechos históricos de diversas índoles, acomodando siempre la anécdota en el momento oportuno, con sutil ironía cuando el caso así lo merece, pero siempre descorriendo ante nuestros ojos del intelecto, esa serie de vivencias, de relatos objetivos que lleva implícita la crónica, que él supo manejar con habilidad maestra.

La aridez escueta del documento investigatorio, al que recurre con mucha frecuencia, se torna en sus manos en relato placentero y accesible, en oasis

reconfortante, en anécdota chusca, en leyenda romántica o en el episodio épico que vivifica.

En su libro *La División del Norte* nos describe, por ejemplo, su estado de ánimo en aquellos álgidos días con que comenzaba el año de 1914:

“Ha llegado a mí la noticia de que se está constituyendo un cuerpo de médicos y enfermeros, con el objeto de ir a la campaña de Torreón y atender a los heridos. ¡La Cruz Roja!, me dije entusiasmado: y la idea de correr aquella aventura en campaña en compañía de la caritativa institución, se inició en mi alma. La idea fue al principio, para mí, gigantesca y absurda; no cabía en mi cerebro; yo... de hábitos tan pacíficos, tan caseros...”

Muchos días se debatieron en mi cerebro Tartarín-Quijote y Tartarín-Sancho; y la perspectiva de diversas glorias, de entre ellas la de escribir un libro vivido, acabó por decidirme, y volé a ver al jefe de aquel cuerpo que yo soñaba de caridad y de heroísmo.”

Los anhelos que bullían en efervescencia en el fondo de su pecho, para seguir la aventura, quedan patentes, casi nos atreveríamos a decir que inconscientemente, desde que describe su partida con las huestes revolucionarias:

“Por fin (marzo 16), entre los adioses de los espectadores, se movió el tren, lleno y coronado de soldados. En el propio instante saqué del bolsillo una cartera immaculada y, con un lápiz que el día anterior me había regalado una comadre, escribí consultando el reloj: ‘A las cinco de la tarde sale la Brigada Sanitaria de la División del Norte rumbo al sur, para donde han salido ya casi todas las tropas constitucionalistas; y en otra página, con letras bien visibles, mi nombre y dirección, por si me llevaba el diablo.’”

De aquí en adelante no nos cabrá una duda. Su misión será cumplida; se dirige al campo de batalla a plena conciencia de la obligación de su ministerio, con el consuelo que para el dolor físico, su ciencia y su alma grande serán capaces de proporcionar a los necesitados; pero con la luz brillante de su entendimiento lista a plasmar en un ideario escrito, sus opiniones, sus observaciones y sus razonamientos ante aquella página de historia patria que al escrutinio de sus ojos se desplegaba.

Al dolor humano, a pesar de que le hiere hasta el fondo, lo lenifica con la guasa oportuna:

“Luz Barrera —dice— trae un balazo en el pómulo izquierdo; le extraje una muela y un fragmento de maxilar; apenas puede hablar y está dolorido, pero se le adivina el consuelo de verse en nuestras manos...”

Llega otro herido (qué casualidad, también herido en la boca)... y les reconvine, mitad en son de queja, mitad de reproche: ‘serán ustedes muy vocíferos, y por eso les han pegado allí’. Los heridos ríen dolorosamente. Me acerco al recién llegado, y al ver que trae la mandíbula rota y un solo agujero de bala, le pregunto: ¿y la bala? Entonces algo le estorba dentro, hace una mueca, se mete dos dedos a la boca, a pesar de mis prohibiciones, y responde con la bala entre el índice y el pulgar: ‘Aquí está.’”

Tras el agobiante ajeteo de atender heridos, suelen agolpársele en sí las emociones, y filosofa:

“Al caer el sol me subí al techo del carro. Tiene la metralla su encanto fatídico. Es hermosa y temible a la par... Hay momentos en que, olvidado uno de la guerra, cree asistir a una fiesta pirotécnica; pero si alguna granada se acerca y esparce sus balines, se oye como ruido de lluvia estival y súbita que, con grandes y raras gotas golpeará el suelo...”

Cuando los heridos escasean, yo tomo notas breves, con intención de ampliarlas después —al fin y al cabo nunca lo hice—; o subo al techo de los carros; o voy al tajo de los álamos frondosos; y allí, con mis oídos acostumbrados al estruendo del vecino combate, me forjo ilusiones de soledad y de silencio, y pienso en el amor que, según Cristo, nos debemos en la tierra los unos a los otros.”

Nunca pierde Brondo la oportunidad de evocar el lejano terruño de su niñez y de sus mocedades:

Cuando, a mediados de ese año catorce, acampado el ejército villista en Hipólito, Coahuila, antes de la toma de Saltillo, nos hace atrayentes relatos de la vida en campaña:

“Desde la puerta de mi carro he estado observando este mundo de trenes y de gente; este vaivén de soldados y soldaderas...”

Hombres del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, hermanados por la misma causa, animados del mismo anhelo y reunidos por el mismo puño de hierro de Francisco Villa, alma de la revolución y brazo derecho del general (sic) Carranza. La red ferroviaria cubierta de trenes, que han llega-

do (y llegarán aún), atestados de hombres para la próxima batalla. Frente al nuestro quedó el de la Brigada Juárez, de Calixto Contreras; quien nada tiene de 'calisto', porque es un tarahumar viejo, calvo, prieto y feo. En la puerta de su carro, atada a un anillo de hierro, está izada una vara que lleva en la punta un cráneo: fatídico trofeo, negruzco y puerco, que aún conserva restos de cuero cabelludo y de ligamentos. Está ceñido por una cinta roja, que le pusieron crueles manos femeninas, en señal de que pertenecía a un 'colorado'.

¡Oh, los colorados! Para todo mundo pudo haber piedad, menos para ellos."

Y después de la batalla:

"Una interminable hilera de carretas (como veinte, una tras otra) pasa por el campamento. Con permiso del general Villa huye de Paredón hacia el Oeste.

Conduce familias de la tropa enemiga, que no pudieron seguir a 'sus hombres' o que los perdieron en la batalla.

Vense también, hombres heridos (brazos en cabestrillo, cabezas vendadas), de ambos bandos, que ahora fraternizan y hacen juntos el camino.

Aquellas carretas, tiradas por sendas yuntas de bueyes, tienen para mí un atractivo singular.

Carretas nuevoleonesas, que hacía seis años que no veía. A pesar de su tosquedad, se ve que están bien hechas, y, junto a las de Chihuahua, resultan muebles de fábrica, livianos y fuertes.

Pasan, sin embargo, con lentitud desesperante al andar, al andar parsimonioso de los bueyes; haciendo jornadas de seis leguas.

Lleva cada una su carretero al frente.

Pasan rechinando, palmo a palmo... y despiertan en mi mente, como todo lo que huele a Nuevo León, enjambres de recuerdos.

¡Oh, carretas nuevoleonesas, espectáculo de las calles de Monterrey; delicia de mis ojos que os tenía olvidadas...!"

Unos días después, ya estacionados frente a Saltillo, siente y presiente la cercanía de la tierra nativa, y empapa su pluma en las ensoñaciones que estas circunstancias le provocan:

"En mangas de camisa, y tumbados en el suelo, a la sombra de unos carros, Garza Cárdenas y yo mirábamos el Oriente; señalándome él con el brazo extendido la raya neoleonesa, esfumada en la lejanía.

Es una cordillera —me dice—, que deriva de la sierra Madre Oriental. Acá a la izquierda, la sierra de Galeana; hacia el extremo oriente, sierra de Pelillos, sierra del Fraile. Ésta tiene en la falda dos pueblos bonitos; por el norte, Mina; por el sur, Villa de García, que hace algunos años llamábamos Pesquería Grande... Aquellas palabras eran para mí una evocación...

...Soy mozo y estoy de vacaciones, y me paseo 'in mente', por el caserón de mi abuela viuda.

Abro la puerta de la sala en penumbra.

Percibo olor de libros viejos, de aire confinado, olor de duraznos que se exhala de un platón rebosante de fruta.

Me ahoga aquel aire y abro las ventanas coloniales de gruesos barrotes de madera de encina.

Entra luz, muebles que fueron elegantes y muelles: un diván en que me tumbo, largo a largo, y duermo la siesta con un periódico en la cara. Periódico que me sirvió tanto de narcótico como de defensa contra los mosquitos enfurecidos. Al abrir los ojos, siento que tengo los bordados del cojín pintados en el rostro.

El platón de duraznos, como un pebetero, me convida a merendar..."

Al terminar esta crónica de campaña, su libro *La División del Norte*, recapitula:

"Pues señor, yo soy un humilde médico de provincia, que en mejores días, hace diez años (mejores por razón de la edad, puesto que entonces era casi joven y ahora soy casi viejo), me lancé a la revuelta y me enrolé en la División del Norte que organizó el glorioso y funesto a la par, Francisco Villa, con motivo de la indignación general que el gobierno del usurpador Victoriano Huerta levantó en el espíritu de los mexicanos.

Llamé a Villa glorioso y funesto, porque tanto tuvo de héroe como de bandido. En mil novecientos catorce, que me di de alta en sus huestes, empecé a llevar el diario de mi vida..."

Pero de toda su obra histórica y literaria, en donde Brondo Whitt realiza

una exaltación más gloriosa, es en su libro *Nuevo León*, sus apuntes autobiográficos más importantes. Allí retrata, con fidelidad y con franqueza casi vasconceliana, los álgidos días de su juventud estudiantil, y abarca de 1896 a 1903. Esta obra sería suficiente para valorar la calidad del escritor, y en ella, más que en ninguna otra, se hace patente su acendrado cariño por los hechos y las cosas locales, narrados en una serie de escenas ricas de color, de luz, de vida latente.

Allí evoca personajes, acontecimientos y un rico anecdotario que, en algunos despierta nostalgias, a otros, participa de un pasado romántico y sencillo de este rincón de la patria en su época. Nombres que conocimos como de varones venerables, suenan a jarana y a mitote en las líneas con que el doctor Brondo describe, por ejemplo, la Estudiantina de entonces.

León G. Flores, más tarde un distinguido miembro del foro nuevoleonés, fue el organizador del grupo, y tenía a su cargo el bajo; Felipe, "El Cucho", la flauta; otro estudiante de leyes tocaba el violín y Cárdenas, de la misma escuela, la mandolina. Posteriormente, Marín Treviño, de Ciénega de Flores y futuro abogado también, quien pasados los años conocimos como apoderado de importantes empresas mineras del estado de Coahuila, sustituyó a León Flores con el bajo; Juan Leal, de Medicina, la mandolina; y el propio Encarnación —a quien apodaban "El Manco", por una semi-parálisis del brazo izquierdo—, estaba encargado de la guitarra.

Los gallos, las serenatas de aquellos tiempos, tan alejadas de nuestro diario discurrir, al ser descritas por Brondo, bastan y sobran para reconocer en nuestro autor su sabia y múltiple vena de historiador, de humorista y de poeta.

"Fuimos en coche —nos dice—, de calle en calle, de ventana en ventana, y tocábamos agrupados junto a la reja de hierro, en cuyos barrotes podíamos apoyar un pie. Los que no lo lograban, se sentaban a la orilla de la banquetta... incansables éramos... A mí, los libros nunca me hicieron callos, ni en la mente ni en las manos, pero la guitarra sí... y me cargaba en la punta de los dedos una epidermis de dos milímetros de espesor.

Al terminar cada pieza, aguzábamos el oído, y solíamos percibir que, dentro, tras el inevitable biombo, había cuchicheos y leves risas femeninas.

También nosotros cuchicheábamos tres minutos, y arreglábamos la afinación de los instrumentos para volver a empezar. Unas tres o cuatro piezas en cada casa, y adelante.

Yo tenía mi novia en la villa de Apodaca, a donde varias veces fuimos

a llevar el gallo; pero en Monterrey, mis tocadas eran para la primera amiga con quien mi intención se tropezase.

Aquella noche no hallaba yo a quien tocar; y mientras íbamos de aquí para allá, hacía 'in mente' la elección de la ventana. Las muchachas pasaban por mi imaginación como una revista: María Rentería, las Stringhini, hijas de italiano, cerralvenses; Elisa Tijerina; las tres Martínez —ni parientes ni del mismo barrio— (porque en cuestión de mujeres, me tropecé muchas veces en la vida con Martínez y con Pepas).

Cuando trabé amistad con Pepa Martínez (hija de María, con un gran listón azul y una medalla colgando de los hombros), creí ver en aquella muchacha que se me juntaban ambas obsesiones. Pero vivía en el Barrio de las Tenerías, tan lejos, que al haberme empeñado en ir allá, se nos hubiera agotado el tiempo de la licencia.

Otra Martínez, por Catedral...

La tercera Martínez, era futura cuñadita de Juan Leal —el de la mandolina—, y como allá iríamos...

Pepa Salazar, tan linda, ¿dónde estaría?...

Cuando los compañeros me preguntaron, ¿dónde tocamos?, mi corazón latió fuertemente por la Martínez de la Catedral; frente a ella, todas las demás se desvanecían, pero... me quedé sin responder, y, entretanto, el coche se detuvo en una ventana..."

(Iba en el grupo un pasante de ingeniería, quien —nos asegura el cronista— poco los conocía, menos iba a conocer los nombres de las novias de aquellos muchachos.) Al tocar el turno a la serenata de nuestro hombre, junto a la ventana se desarrolló un diálogo que el doctor Brondo Whitt describe así:

—Oye, ¿por qué no habías venido?... bribón, hueles a cerveza.

—Basta con probarla para trascender.

—Sí, pero trasciendes a varios vasos... dime, ¿te desvelas con frecuencia?...

—No, ¡palabra!

—¿Te estás creando el hábito de beber?

—Te juro que no..."

El juramento fue oído de todos, y el ingeniero aquél comentó con el resto del grupo:

“¡Ninguno de ustedes fue tan afortunado!” —pero alguien le replicó al momento:

“Imbécil. ¡Es la madre del Manco!”

Uno a uno, los muchachos se acercaron a la ventana, y tomando de la mano a la señora, saludaban: “Buenas noches, Merceditas”.

La descripción de la casa paterna y la evocación de su madre, a pesar de su ternura, van sincera y llanamente alternadas con las de sus ardores propios de los años mozos:

“Mi madre era una señora muy fecunda; estuvo embarazada diez o doce veces. De modo que mi padre, que empezó a construir una casita de dos o tres piezas, se vió pronto en la necesidad de ampliarla, así como el personal que la servía. Compró más terreno, construyó más habitaciones, hizo una bonita fachada a su finca, que se llamaba el número dos de la calle de Los Rayón, y daba vista al sol naciente.

La fachada mostraba un pasillo entre dos salones, y éstos, con sendos pares de ventanas de hierro, que se apoyaban en grandes losas de un mármol negro y barato que hay junto a Monterrey.

En el pasillo, que daba a un corredor con tres arcos dóricos, había macetones con hierbas elegantes...

¡Ah, perdón! Se me fue el alma por donde quiso, y con ella se marchó la pluma. Yo no iba a describir la casa paterna; iba a otra cosa, y vuelvo a empezar...

Mi madre tuvo numerosos hijos, y, para auxiliarse en sus quehaceres domésticos, necesitó siempre el concurso de tres o cuatro mujeres (parientes, ahijadas, mercenarias), casi siempre jóvenes, que nunca faltaron en casa.

Y aquí entro en escena yo, de unos dieciocho años de edad, engrosándome la voz y apuntándome el mostacho...”

Recién graduados, en el otoño de 1902, los médicos regiomontanos José Morales —citado por su compañero también como “El Picos”— y Encarnación Brondo Whitt, se instalan en la ciudad de Chihuahua, y de aquellos días, éste nos ha dejado, plasmadas en el papel, sus primeras impresiones:

“Chihuahua era una población como la mitad de Monterrey, en habitantes. Tenía dos teatros, uno espléndido: el de Los Héroes, como no hay

muchos en provincia y uno pequeño: el Teatro Betancourt, por nuestra calle, Ojinaga. Éste se quemó hacia 1905 y fue sustituido por un mejor edificio: el Teatro Centenario, después destinado a cine.

Al llegar al estado de Chihuahua, empieza uno a oír el apellido Terrazas. Hay Terrazas millonarios, Terrazas mendigos, Terrazas decentes, Terrazas bribones. En esa terracería descuellan dos figuras altísimas: don Luis, el millonario, el ganadero, el gobernador, el todo; un viejo apuesto y fuerte, de mirada de águila, con su página militar y sus timbres de gloria. Y un don Joaquín, que sólo era pariente lejano de don Luis. Éste se pierde para el vulgo, es ya difunto; hay que leer un poco de historia del Estado para que esta figura, por demás simpática, se ponga de relieve. Luchó contra los apaches, hasta exterminarlos; escribió sus memorias, y fue un batallador infatigable en pro de los intereses de la Patria.

En Chihuahua, caras nuevas, amigos nuevos, costumbres nuevas...”

Y de su *Nuevo León*, transcribimos también las impresiones de los últimos días de su convivencia en estas latitudes, porque en ellas quedaron patentes, la emoción que lo embargaba y el temblor de su pluma, evidenciándose una vez más su sensibilidad:

“Días antes —escribe—, días antes de partir para el estado de Chihuahua, fui al terruño de mi madre, a despedirme de la abuelita.

Una hora en ferrocarril, hacia el poniente de Monterrey, y caí en la aldea de mi niñez. El legendario coche de Quirino, o de sus descendientes, me trasladó de la Estación a la puerta de la casona de mis mayores. He aquí la villa, silenciosa; adormecida en aquella tarde de agosto abrazador, bajo la sombra de los nogales corpulentos. El pueblo olía a heno y a durazno, y por las acequias corría el agua desbordante. Cada casa era un huerto de árboles frutales; y la mía tenía dos, uno a cada lado de la calle.

Empujé la puerta, como si por ella entrara todos los días; salió a recibirme Bonamí (bautizado por uno de mis tíos).

Caducaba el perro. Se le habían vuelto de revés los párpados, que mostraban la conjuntiva roja. Movía la cola y enseñaba los colmillos; su actitud ordinaria; pero como no gruñía, ni mostraba ferocidad en el semblante, los de la casa interpretábamos aquella actitud como acogedora; y por lo tanto, el mostrar los dientes era, ni más ni menos, una sonrisa.

El patio cubierto de granados, con fruta casi en sazón; bien podría yo encontrar mientras estuviese allí, dos granadas gigantes, comibles, cada día.

La 'nana' en la cocina; la abuelita en la iglesia. Mientras ella venía, me entré a la huerta, avancé hasta la acequia, busqué un lugar bien sombrío, al abrigo de unos aguacates, boté la ropa y me hundí en el agua.

—Pero hijo, te vas a Chihuahua; tan lejos, sin conocidos, sin parientes. ¿Qué vas a hacer allá?

—Ni yo mismo lo sé, abuelita: sólo sé que estoy recién recibido, que en Nuevo León hay plétora de médicos, que tengo ganas de aventurar, y... Dios por delante.

—¿Tus padres te dan permiso?

—¿Qué han de hacer si me ven tan decidido? Además, ¿voy a quedarme aquí toda la vida, y que mi padre me siga manteniendo, como hasta hoy?

Anduve de casa en casa, saludando a los amigos; y se pasaban los días. Conchita Narro. ¡Qué linda estaba! Una vez, en un baile, estuve a punto de cantarle; pero considerando yo mismo que a raíz de una ausencia quizá larga, la muchacha no confiaría en mí, temí las 'calabazas' y me concreté a bailar con ella, como bailan dos amigos que se aprecian mucho. La llevé a la improvisada cantina del baile, donde había varios barriles (que decíamos octavos) de cerveza helada; y hombres y mujeres bebimos a la mutua salud.

¡Oh, la gente pueblerina, sencilla y simpática! Había entre los bailadores muchos que preferían comer duraznos a beber cerveza; y muchos que hacían ambas cosas. A diez leguas de la Cervecería Cuauhtémoc, y en el corazón de la tierra de la fruta, se podían adquirir ambos vicios.

Mis antiguos amigos de la niñez, vueltos hombres, con mostachos, como yo. Pero como nos veíamos de año en año, nos seguimos tratando con el mismo cariño. La Villa de García (que yo prefiero llamar Pesquería), tiene duraznos, tiene cebollas, tomates, uvas... apodos y tíos. El corpulento don Pedro era, por la espalda, Tío Pedrote; y Fulano de Tal, gordo, panzón, chiquito, era Juan Bolita. Por las aceras transcurría Tracalada; y Juan Carabinas se mantenía, acechando a los clientes, tras el mostrador de su tienda, silenciosa y oscura. Félix el Mugroso, inspiraba asco; y un viejo angurriente, era Tío Pocos-Meados.

Antonio Narro (padre) y Federico el Pelón, eran mis camaradas de parranda malsana, es decir, parrandas con cerveza, guitarra y cena improvisada de ostiones y pan, en la cantina.

Mientras estuve en García, dormí como un bendito; pero una noche se

me ocurrió revolcarme dos horas en mi lecho; y estuve oyendo en el nogal grande, en el nogal bicentenario de mi abuelita, el graznido del búho, de aquél mismo búho que, cuando era niño, me arrebatava el sueño.

Me gustaba, como *in illo tempore*, almorzar guacamole untado, como mantequilla, en una pieza de pan partida en dos mitades. Era un 'emparedado de aguacate'. ¡Y el comedor de la abuelita! con aromas de fruta y de hortaliza; con arcón muy viejo, para la comida fiambre, visitado por colonias de hormiguitas que, en interminable hilera, iban en viaje redondo desde la despensa de la abuela hasta la despensa del insecto.

Una mañana, el coche de Quirino se detuvo a la puerta de la casa. Subí mi veliz, y abracé a la abuelita, que se agobiaba al peso de los años, y que traía en sus ojos azules, de criolla, los primeros depósitos de la catarata."

Cuántos modestos escritores de provincia, de grandes méritos, que han sabido vivir y sentir, y han podido transmitir a las generaciones coetáneas y futuras, los pormenores de un cotidiano transcurrir pleno de historia y de auténtica convivencia, han tenido la desdicha de que sus esfuerzos y su obra pasen desapercibidos en vastos sectores intelectuales y del pueblo como es el caso del doctor Encarnación Brondo Whitt. A él y a ellos, el voto modesto de nuestro reconocimiento.